



## EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuacion.)

— Confieso á V. que no soy lo bastante desinteresado para hacer lo que V. me aconseja, pues mi desinterés no pasa de hacer el bien, reservándome cuanto puedo el modo de hacerle.

—¿Y por qué sigue V. ese sistema?

— Porque necesito seguirle para mi bien y el de mi familia, que no puede ni debe serme indiferente.

— Pero ese sistema tiene mucho de egoísta.

— Como lo tiene el de aquél que inventa una máquina ó descubre un secreto científico, y se reserva el utilizar la máquina ó el secreto. Casi todo lo útil que yo sé se funda en principios naturales y sencillos. Si revelára estos principios á mis veci-

nos, que me tienen casi por un hombre que hace milagros, perderia á sus ojos casi todo el mérito que me atribuyen, y me negarian una buena parte del respeto y admiracion que mi familia y yo necesitamos para vivir lo felices que vivimos con ambas cosas.

— Me parece, Sr. D. Pablo, que hay mucha exageracion en ese modo de pensar.

— Creo que no hay ninguna, y se lo probaré á V. con un par de ejemplos. Una de las cosas que más admiraba á mis vecinos y realzaba á sus ojos lo que ellos llaman mi sabiduría, era que yo conociese á punto fijo la edad de los árboles centenarios que con frecuencia suelen derri-

bar y aserrar para hacer tabla. Ocurrióme un día decirles el medio de que me valia para conocerla, que, como V. supondrá, era examinar las capas concéntricas del tronco, y me salieron con que eso no tenía mérito ninguno. Uno de los mayores enemigos que tienen las hortalizas en este país, tan húmedo como sano, son los caracoles y los limacos ó babosas que las devoran de recién nacidas ó recién plantadas, y yo descubrí un medio muy eficaz para preservarlas de tal plaga. Consistia sencillamente este medio, en rodear los cuarteles de un cordoncillo de sal comun colocada en unos listoncillos de tabla.

—¿Y por qué no colocada en el suelo?

—Porque la humedad de la tierra la disolveria, inconveniente que obvian los listones, pues la preservan hasta de la humedad del rocío y la lluvia.

—¿Cómo la preservan?

—Haciéndolos dobles, de modo que el superior cubra al inferior, quedando entre ambos un espacio suficiente para colocar en el interior la sal en una canalita que impida su derrame al mover ó trasladar los listones de un punto á otro.

—Pero, ¿cuál es el efecto de la sal así colocada?

—El efecto es que los limacos y caracoles mueren en cuanto la tocan, y no pueden penetrar en los cuarteles sin tocarla.

—¿Es verdaderamente útil ese descubrimiento!...

—Ciertamente lo es, y sin em-

bargo, mis vecinos, que ántes de conocerle se asombraban de que los caracoles y limacos no devorasen mi hortaliza, como devoraban la suya, hasta se burlaron de mí cuando les revelé mi secreto deseoso de que participasen por completo de sus beneficios.

—Pero ¿harán uso de él?

—No, señor; le aplicaron tan torpemente que casi era inútil en sus manos, ó le condenaron al desprecio desde el momento en que supieron que era cosa sencilla y hacedera, y no cosa poco ménos que sobrenatural, como se habian imaginado.

Como yo no me mostrase áun convencido de que D. Pablo hacia bien en no divulgar sus secretos, D. Pablo me añadió:

—Convénzase V., amigo mio, de que los misterios sibilíticos no carecian de razon.

—No me puedo convencer, señor D. Pablo, porque creo que el que estudia, estudia más que para sí propio, para la humanidad.

—Ese modo de pensar es muy generoso y noble, pero es muy posible que piense V. de otro modo cuando sea tan viejo como yo.

—Dios quiera que V. se equivoque.

—Dios quiera, pero lo más seguro es que no querrá.

El sol se habia ocultado ya tras los montes de la Encartacion, y despidiéndome afectuosamente de don Pablo y su familia, me alejé de Echezuri cargado de fruta y flores y agradecimiento.

## II.

El mayor de mis gustos.—De cómo cuesta arriba puede ser cuesta abajo.—¡ Vas afuera! ¡ Vas afuera!—Triunfo del señor cura.—Los maestros de escuela.—La escuela de la aldea.—Amenidades aritméticas.—Empieza á reinar el tuerto.

Habian pasado algunos años, y yo no habia abandonado mi costumbre de recorrer campos y aldeas, porque así satisfacía el mayor de mis gustos y acopiaba observaciones, ideas y sentimiento para mis humildes escritos, que carecerian de todo atractivo si no los vivificára el ambiente libre y perfumado de los valles y las montañas. A satisfacer este gusto y esta necesidad se prestaba sobremana el país donde yo vivia, por lo ameno y variado de su territorio, por la templanza de su clima, por lo muy poblado, por estar diseminada su poblacion de modo que apenas es posible dar algunos centenares de pasos sin encontrar alguna casería, por el carácter hospitalario de sus habitantes, por la completa seguridad con que se podia viajar por él aunque fuese cargado de oro, y por la profunda tranquilidad que allí reinaba hacia cerca de treinta años, fecundos en perturbaciones políticas en el resto de España.

Una tarde de la primavera de 1868 bajaba yo por las amenas riberas del Cadagua, muy distante de pensar que tocaban á su término aquellos treinta años de fecunda y no interrumpida paz, y como fijasé la vista en la iglesia de una aldeita que blanqueaba en las vertientes meridionales del valle, entré en deseos de su-

bir á la aldea para ver si en el archivo parroquial descubria algunas curiosidades históricas.

Pensaba regresar aquella noche á mi hogar, que apenas distaba ya tres leguas, pero me dije: «La tarde es deliciosa y convida á trepar por esas verdes laderas de la montaña; mis piernas son incansables cuando mi entendimiento espera penetrar en las tinieblas de lo pasado, y cuando el patriotismo y los recuerdos de la infancia agitan mi corazón; en estos valles y montañas de mi infancia, todos los hogares están abiertos para el viajero que pide hospitalidad en ellos, aunque el viajero sea un mendigo que sólo la pide en nombre de Dios; un lecho, aunque sea de heno, es delicioso cuando la fragancia del heno recuerda la de los campos nativos; trepemos, pues, por esos arboles donde los pájaros dan la bienvenida á la primavera, y esos prados esmaltados ya de florecillas sonrosadas y azules, y esas lindes de las heredades donde los guindos y los cerezos preparan sabroso *buffet* á los músicos de la enramada.»

Y diciendo esto, y sintiendo mucho más que no acierto á decir, dejé mi cabalgadura en el valle y emprendí la subida á la aldehuela, saltando setos y cruzando *campas* y heredades.

Cuando me acercaba á la aldea y me disponia á saltar el seto que media entre la *llosa* por donde yo subia y el campo poblado de cerezos y nogales, en cuyo derredor estaban la iglesia y la media docena de casas

que constituian el grupo principal de la aldea, unos perros salieron á mi encuentro ladrando en actitud amenazadora; pero haciendo uso de un medio tan eficaz como sencillo que yo tengo para hacer huir á los perros más audaces y furiosos, los ahuyenté hasta el extremo opuesto del campo, donde ladraban recelosos y atemorizados cuando el señor cura y algunos vecinos salieron apresuradamente de sus casas, gritando: ¡vas afuera! ¡vas afuera! cuya frase se usa en aquel país para ahuyentar á los perros, aunque no es tan eficaz como el medio que yo tengo para obtener el mismo resultado.

Saludáronme todos afectuosamente, y, en particular, el señor cura, y como les dijese que iba con el prin-

cipal objeto de que éste me permitiese ver los libros parroquiales antiguos, á ver si en ellos encontraba alguna noticia de las antigüedades de la aldea y, sobre todo, de la parroquia, sospecharon quién era yo, pues aunque no me conocian personalmente, tenian noticia de mí y de mis escritos, como que el señor cura y el maestro de escuela tenian algunos de mis librerios, los habian leído ó dado á leer á todos los vecinos, y les gustaban mucho, porque eran los únicos que hablaban de sus valles y montañas y de sus alegrías y sus tristezas, y ya se sabe que en tierra de ciegos el tuerto es rey.

*(Se continuará.)*

ANTONIO DE TRUEBA.



## EL MATERIAL DE LA ESCUELA.

### EL PAPEL.

¿De dónde procede esa hoja tan blanca, tan ligera, y sin embargo tan sólida, sobre la cual fija vuestra pluma de un modo duradero los caracteres de la escritura? De fijo que os extrañará que os diga está hecho con los trapos viejos de la calle: hé aquí cómo se convierten en papel.

Los traperos recogen el trapo, como habréis visto, de los montones de basura, valiéndose para ello de su gancho para escarbar, y de un saco ó un cesto para guardar su hacienda. Estos trapos, llevados á las fábricas, son distribuidos en cinco ó seis clases, despues que algunas mujeres han destruido todas sus costuras y los han lavado con legía para que pierdan todas sus grasas. El desfilachado se hace dejando á los trapos largo tiempo en agua y en un sitio húmedo, y despues á martillazos, en una máquina movida por el vapor ó por una corriente de agua. En la industria moderna se usan cilindros armados de hojas de acero, que al cruzarse con otras fijas destrozan y desfilachan el trapo. Otra máquina, cuyas hojas están más juntas, sirve para reducir á pasta dicho trapo. El blanqueo de los trapos se hace con una sustancia que se llama *cloro*, ó mezclando á la pasta una sal llamada *cloruro de cal*: al cabo de una hora, la pasta está blanca completa-

mente. En seguida se la lleva á un cubo de madera, donde unos tubos de cobre conservan el calor por medio del vapor, teniendo cuidado de añadirla cierta cantidad de agua, y de que no forme copos ni cuajarones. El operario toma una *forma*, compuesta de un bastidor lleno de hilos de laton, cruzados y sostenidos inferiormente por algunas reglitas. Un cuadro delgado, del tamaño de una hoja de papel, se aplica sobre el bastidor. Sosteniendo esta forma con ambas manos, y en una direccion oblicua, la sumerge en el líquido, y cuando ha entrado por completo, la vuelve á levantar horizontalmente, de modo que quede detenido sobre el bastidor y forme una especie de filete: el agua escurre, y la hoja de papel está hecha. Pasa el bastidor á un segundo operario, que coloca la hoja de papel, muy húmeda todavía, sobre un trozo de lana; sobre la hoja coloca otro pedazo de lana, y así va alternando sucesivamente ambos objetos. Cuando ha superpuesto cierto número de ellos, se somete la pila que forman á la prensa, y toda el agua sobrante queda exprimida. En seguida se quitan los trozos de lana, y las hojas, colocadas unas sobre otras, son prensadas de nuevo y se las deja secar á una corriente de aire, con lo cual queda hecho el papel, al ménos el que sirve para la impresion de libros y láminas, pues el de vues-

tras planas debe encolarse para que no se corra la tinta.

La operacion del encolado se ejecuta de una manera análoga, remojando el papel con una composicion de *alumbre* y *gelatina*, y separándolo enseguida por resmas de quinientas hojas.

Tambien se fabrican hojas de grandes dimensiones, vertiendo la pasta del cubo en una tela sin fin, movable entre dos cilindros horizontales: cuando la hoja está ya bastante sólida, pasa por entre otros dos cilindros forrados de fieltro; pierde su agua y se arrolla enseguida sobre un tambor, de donde se la retira, cortándola para someterla á la prensa.

El mejor papel es el que se hace con trapos de cáñamo y lino; el que se hace con algodón es más blando, pero la mezcla de unos y otros da un papel bastante bueno. Tambien se hace con paja, corteza, lúpulo, ortiga, malva, junco, morera, grama y heno, pudiendo tambien emplearse ramillas de haya, sauce, álamo blanco y castaño. Los antiguos preparaban la corteza de un arbolillo llamado *papyrus*, de donde procede su nombre de papel.

El carton se hace con los sobrantes y raeduras del papel, por igual procedimiento que el continuo; esto es, pasando la pasta por entre dos cilindros.

#### LAS PLUMAS.

Las plumas de los gansos nos dan las plumas con que escribimos, siendo preferidas por más blandas y lar-

gas que las de los extremos las que los recubren.

Hoy se sustituyen generalmente estas plumas con otras metálicas, cuya invencion se debe á un mecánico frances llamado Arnoux, y que se construyen generalmente con acero ó laton. Inglaterra y Francia producen considerables cantidades de ellas.

#### LA TINTA.

La tinta negra se compone de las cuatro sustancias siguientes: nuez de agalla, palo campeche, sulfato de hierro (caparrosa) y goma arábica, reducidas á polvo en un mortero y hervidas despues en cierta cantidad de agua.

La nuez de agalla es una excrescencia que sale á las hojas de los árboles, á consecuencia de la picadura de algunos insectos que depositan en ellas los huevos de sus larvas. La herida atrae una gran cantidad de savia, que produce la excrescencia. La agalla de encina es la que se emplea para la tinta negra, y la más hermosa procede de Alepo, en el Asia menor. El insecto que pica es una especie de mosca de cuatro alas, que se llama *cynips*. Las nueces de agalla son redondas y del tamaño de una cereza, y contienen un jugo llamado *tanino*. La corteza de encina, con que se preparan las pieles, lo contienen tambien en abundancia: este jugo, obrando sobre el hierro del sulfato, le convierte en negro.

El palo campeche es espinoso y se parece á la acacia: sus flores están

en racimos, y son amarillas y olorosas. Crece en las Antillas y en Méjico. Para atraer el rojo que sirve para teñir se le hace astillitas, que se cuecen.

La caparrosa verde ó sulfato de hierro es una sal de un verde claro y sabor astringente. Se encuentra en la tierra una sustancia, que es hierro unido con azufre: se riega durante un año este sulfuro de hierro, se le lava enseguida en legía y se deja evaporar el agua, la cual, al verificarlo, deja la sal en pedazos y tal como se vende en el comercio.

La goma es un jugo que sale de algunos árboles y endurece al aire: los albaricoqueros, los albérchigos y los cerezos la producen en Europa: algunas acacias de Arabia y Egipto producen la más estimada, y su empleo en la tinta es para que no se extienda sobre el papel.

#### LOS LÁPICES.

El lapiz, llamado *mina de plomo* ó plumbagina, está muy mal llamado así, porque no contiene una sola partícula de plomo, siendo una combinación de carbon y algo de hierro. Se le sierra en listones cuadrados, que se meten en madera de cedro. Una máquina muy sencilla hiende á lo largo un cilindro de dicha madera, y ahueca en el centro un surco cuadrado del tamaño de la plumbagina, que se adhiere con goma arábiga. Enseguida se fija encima el semi-cilindro de madera, que habia sido serrado. El lapiz se encuentra

entonces protegido y conservado por la madera.

La mina más rica en esta materia se halla en Cumberland (Inglaterra), pero un frances ha conseguido imitarla artificialmente y mejorarla, puesto que logra variar su dureza. Los lápices blancos que sirven para escribir sobre el encerado están hechos con una especie de creta fina, bien labrada y seca por la presión. Es una variedad de cal, muy conocida en ciertos países, y de que están llenas comarcas enteras. Los lápices empleados para escribir sobre la pizarra son de la misma clase que éstas, y los más estimados proceden de Nuremberg, en Alemania. El trazado gris que ejecutan se borra fácilmente con un paño húmedo.

#### LA PIZARRA.

La pizarra es una especie de piedra llamada *esquita*, que se separa fácilmente en hojas al ser extraída de la tierra. Generalmente se emplea para cubrir los techos de los edificios, y sólo suelen tener dos milímetros de espesor. La pizarra sirve hoy en casi todas las escuelas para empezar á aprender á escribir, efectuar operaciones de cálculo y trazar los elementos de dibujo lineal. Economizan mucho papel, pero entorpecen la mano. Las mejores canteras de pizarra están en Mezières y Angers (Francia).

(Se continuará.)

TH. LEBRUN.





## EL HOMBRE Y LA PULGA.

(FÁBULA.)

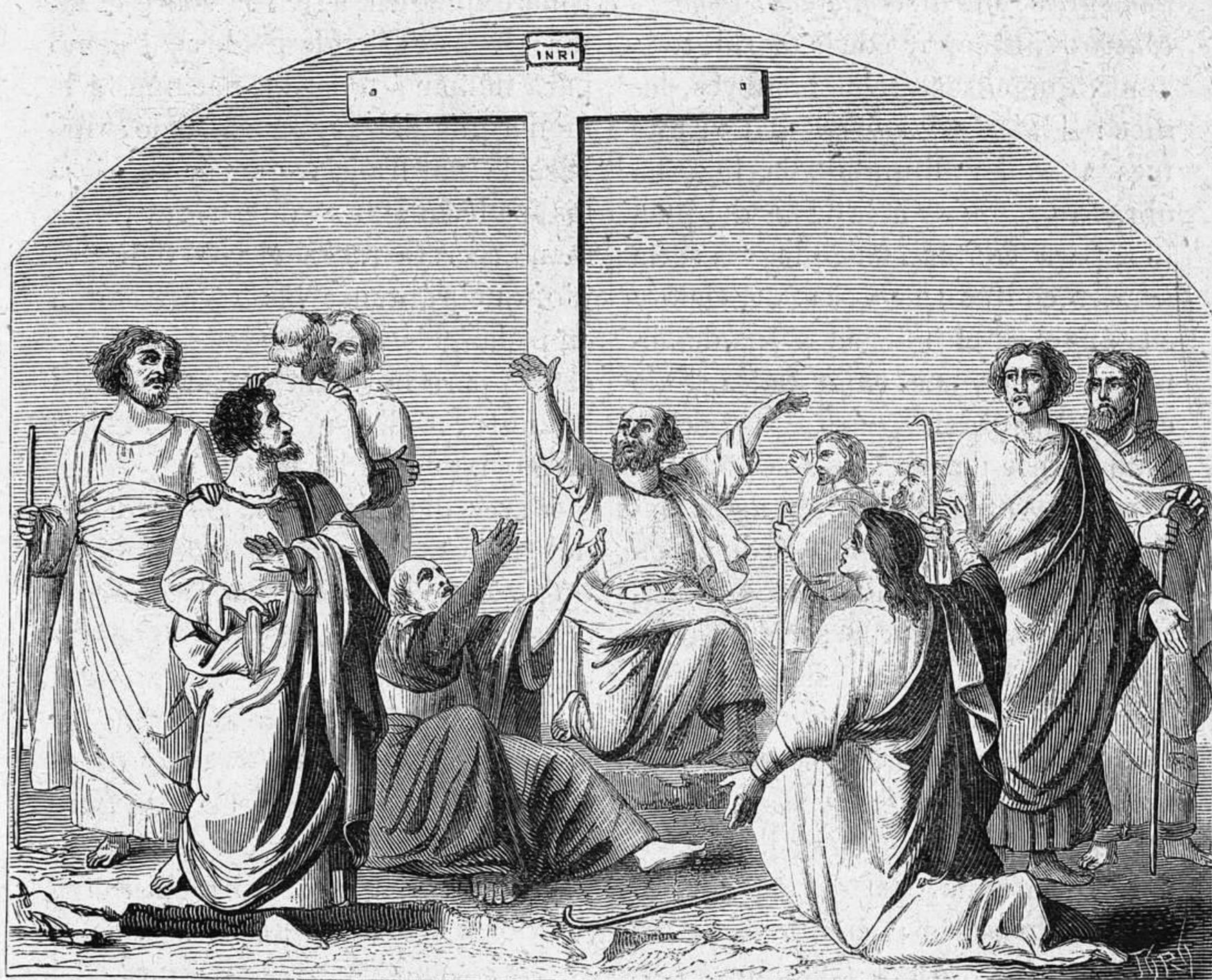
Nunca elevarse deben  
 Inútiles clamores,  
 Por hechos que nó importan  
 Al cielo ni á los hombres.  
 Hay necios que quisieran  
 En muchas ocasiones  
 Que desde el alto Olimpo,  
 Morada de los dioses,  
 Se viera diariamente  
 Si comen ó no comen,  
 Si gozan ó si rabian,  
 Si tienen sabañones,  
 Si duermen por las tardes,  
 Ó velan por las noches.

Picó una pulga á un necio,  
 Y el necio dijo á voces:  
 «¡ Oh, dioses inmortales!  
 ¡ Oh, justicieros dioses,  
 Que así dejais que sufra

Tormentos y dolores!  
 ¿ Por qué sufris que viva,  
 Castigo de los hombres,  
 Este feroz insecto  
 Que sin piedad nos come?  
 Vengadme de su ofensa:  
 No consintais, ¡oh, dioses!  
 Que la hidra veraniega  
 Con nuestra sangre engorde.  
 ¿ No tienes, Jove, rayos?  
 ¡ Pues manda diez ó doce  
 Y acaba con las pulgas  
 Y sus pasiones torpes! »

Júpiter se hizo el sueco;  
 Y es fama desde entónces  
 Que imprecaciones necias  
 No llegan á los dioses.

M. OSSORIO y BERNARD.



## LA SEPARACION DE LOS APÓSTOLES.

Tal es el asunto de la lámina que encabeza estas líneas y que recuerda el sublime origen de nuestra Santa Religion, los misterios que en los últimos dias de Marzo y primeros de Abril ha conmemorado la Santa Iglesia Católica.

Dejemos ahora la palabra al celebre Bossuet:

*Si quis sitis, veniat ad me.*

« Nace el Redentor del mundo, no rodeado de púrpura, sino en medio

de humilde paja. Pasa la infancia en los viajes, sufriendo las incomodidades de la pobreza. A los treinta años comienza á predicar su doctrina; reúne en una las verdades esparcidas en el género humano; instruye con la palabra, confirma con el ejemplo, propagando el precepto en las campiñas, en las ciudades, entre los doctores y los ignorantes. Venido para consolar á los débiles, á los indigentes, á los oprimidos, les llama di-

ciéndoles: *Venid á mí, vosotros los que sufris y estais afligidos, y yo os consolaré.* En apoyo de la moral, toda amor, que enseña á los hombres, les dice: *Amáos unos á otros.* Durante tres años ha difundido la luz, ha obrado prodigios á la vista del pueblo; para contar sus milagros sería preciso contar sus pasos. El cielo y sus ángeles, el infierno y sus demonios, el mar y sus tempestades, todo espera sus órdenes para obedecerlas, todo parece decirle: *Hémos aquí.*

» A su voz hablan los mudos, andan los cojos, oyen los sordos, ven los ciegos, huyen los malos espíritus; una palabra, una señal, un deseo le basta para obrar las cosas más grandes. Su vista lee en el fondo de los corazones de aquellos que le motejan por sus proyectos y sus intenciones; en las lágrimas de la Magdalena ve la amargura de sus pesares y los piadosos trasportes de su amor; en las aclamaciones del pueblo, su pasajero favor y su ingratitud obstinada; en las preguntas de los fariseos y de los doctores, la maldad y las culpables maquinaciones de su baja envidia; en el beso de Júdas, su traicion y su impenitencia; en el corazón de Pedro, su cobarde defecion y su noble arrepentimiento.

» La carrera evangélica de Jesus toca á su fin; pero su mision no está cumplida: en la cima del Gólgota es donde debe verificarse el desenlace del gran drama de la redencion del género humano.

» El calvario ha resonado con los golpes del martirio; el instrumento

del sacrificio está levantado; la víctima expiatoria aguarda sobre el altar: Jesus extiende los brazos como para llamar á todas las naciones á la monarquía del rey crucificado; tórbase la naturaleza, que se asocia á los padecimientos de su rey; una mano secreta rasga el velo del templo, quebrántanse las rocas, saltan en pedazos las losas de los sepulcros; el sol, para no alumbrar un crimen inaudito, vela su faz con fúnebre crespon. ¡Jesus ha muerto!

» Tres dias despues, los soldados destinados á la guarda del sepulcro no pueden restituir el cadáver: se ha estremecido la tierra; un ángel radiante ha sacudido la piedra de la tumba; segun su promesa, Cristo ha resucitado. Aparecese á sus discípulos, y poco despues se remonta á los cielos á sentarse á la derecha de su padre: su presencia sobre la tierra no es ya necesaria: deja á doce el encargo de hacer la conquista del mundo. Cuatro evangelistas, Mateo, Márcos, Lúcas y Juan, nos han transmitido la vida tan sencilla como sublime de su maestro. La naturalidad de la narracion, la concordia perfecta de los hechos importantes, la diferencia de tiempos y lugares en que han escrito estos Apóstoles, son una prueba incontestable de la autenticidad de los hechos Evangélicos (1).

» Empero el apostolado ha comenzado: la palabra poderosa de los

(1) San Mateo fué el primero que escribió el Evangelio el año 40 de Cristo, en lengua hebráica; por eso se lee la pasion el domingo.

apóstoles ha resonado de una á otra extremidad del mundo conocido. Proclámase la emancipacion del hombre; predícase la libertad, la igualdad en nombre de Jesus sacrificado, y al instante las familias, los lugares, las ciudades, los reinos, corren á alistarse bajo el estandarte de la Cruz.

»Y tres siglos despues de la muerte de Cristo, en tanto que las naciones bárbaras se esforzaban por medio de suplicios inauditos en detener los progresos de su doctrina, hállase el instrumento de la salud de los hombres por los afanes del emperador Constantino y de su piadosa ma-

dre, y recibe una magnífica consagracion. Elévase un templo soberbio, en el que se confunden las riquezas del Oriente y del Occidente bajo el nombre del Santo Sepulcro, en los sitios mismos en que se cumplió el gran misterio de la redencion del mundo.

»Desde entónces, cien y cien siglos, cien y cien revoluciones han pasado por cima del templo, y el templo está incólume y siempre en pié, verdadero fanal que indica á las naciones, azotadas y rendidas en el mar de la incredulidad y del error, el puerto único que les ofrece un abrigo en las borrascas: LA CRUZ.»

## DOS HISTORIAS DE LÁGRIMAS.

Á María y á Pepito, á Luisito y á Cármen, á todos aquellos de nuestros amiguitos que tienen la mala costumbre de arrojar por el suelo ya el pedacito de pan, ya el mazapan ó el confite, que de seguro han de perderse, vamos á referirles dos hechos, presenciados por nosotros mismos, y que, sin poderlo remediar, cuantas veces los hemos recordado, han hecho asomar lágrimas de ternura á nuestros ojos.

Grábenlos nuestros amiguitos en su memoria, y no olviden, cuando hayan saciado su apetito que aquel resto que dejan olvidado, pudiera quizás dar la vida á alguna criaturi-

ta necesitada, que sólo cuenta en la tierra con el amparo de Dios.

### I.

#### CORAZONCITOS DE ORO.

Era la siesta de un dia del último verano; el sol caia á plomo sobre las abrasadas calles, y á la puerta de una gran casa, dos niños, hermosos á pesar del desaseo de sus haraposos vestidos, pedian con doliente voz, que se repetia á intervalos, «¡una limosnita por el amor de Dios!»

Eran sin duda hijos de alguna de esas familias pobres, que en busca

de trabajo atraviesan á veces media España, y que se detienen en cada pueblo á implorar el auxilio de la Caridad.

Aquellas cabecitas rubias se agitaban entre el deseo y la impaciencia, entre la súplica y la esperanza, cuando al sonar la tercer vez el nombre de «Dios» que invocaban, una anciana asomó á la escalera, y los niños atravesaron el portal, para recibir de sus manos dos pequeños mendrugos y un gran plato de arroz, que, con el singular gozo del que va á saciar su apetito, recogieron agradecidos ellos, sentándose, dispuestos, al parecer, á partírselo, sobre el escalon de la entrada.

Nosotros, que de cerca y con la mayor alegría observábamos el gozo de estos infelices niños al recibir la *santa limosna*, quedamos extrañamente sorprendidos contemplando cómo los ojos de aquellos pobrecitos devoraban con ansiosas miradas el contenido del plato, cuando sus manos, á pesar de haber asido las cucharas, no tocaban un sólo grano de aquel arroz que se contentaban con mirar, miéntras roían á duras penas los mendrugos secos y endurecidos.

Este hecho nos pareció inverosímil, ilógico; y al tratar de explicárnoslo, observamos que, recatándose de ser vistos, á hurtadillas, como si cometieran un delito, y esquivando les mirasen de las casas vecinas, aquellos dos niños hacían señas á alguién, y que muy pronto, una mujer, aún jóven, y tan parecida á los niños como una miseria se parece á

otra miseria, volaba de la acera de enfrente, arrojándose sobre el arroz, que ansiosa devoró en pocos instantes.

Aquella mujer, ¿sería extraña á los niños? ¿Sería parienta quizás, y les obligaba por fuerza á entregarle la parte mejor de lo que recogiesen?...

Y si era así, ¿cómo consentir esta imposición del fuerte al débil; cómo tolerar este robo hecho á la necesidad misma, esta usurpación á infelices criaturas de lo que apenas bastara para mitigar su hambre?

Esta última suposición nos indignó; no pudimos contenernos, y bajamos á la calle.

Pero ¡ah! la mujer habia ya desaparecido, y los niños temerosamente llamaban á la casa para devolver el plato y las cucharas que les confiara la caridad, y daban amorosos miles de gracias por aquellos bocados que ellos no habian comido.

—¿Cómo es, les dijimos, cómo es, hijos, que sólo habeis tomado los mendrugos, y habeis consentido (cuando se ve que aún teneis hambre) que esa mujer se comiese vuestro plato de arroz?

— Señor, — nos contestaron turbados, — no nos riña usted. Es que esa mujer es nuestra madre, cria á un hermanito nuestro que está enfermo, y es mejor que ella se coma *lo caliente*; por eso se lo hemos guardado: además, ¿no ha visto V. que nosotros hemos tenido nuestros pedazos de pan?...

Hijos míos, ante esta delicadeza

de sentimientos; ante esta tierna afección hacia la madre y el hermanito; ante esta generosidad del que nada tiene, y que da sin embargo, no pudimos contener nuestras lágrimas. Besamos cien veces aquellas cabecitas rubias, y después de darles las monedas que llevábamos, les dijimos: «confiad en Dios, excelentes criaturas; sed así siempre, y Él os protegerá. Nosotros vamos también á ayudaros, recomendando vuestra acción á unos buenos amiguitos; y estad seguros de que ellos, siempre que acaben de comer, pedirán para vosotros á sus queridas mamás, y éstas no querrán que sus hijos sean indiferentes al ejemplo que les ofrecen vuestros *corazoncitos de oro.*»

## II.

### UNA MADRE.

Las dos de la tarde, hijos míos, es una hora terrible para el que no tiene que comer. Vosotros no lo sabéis, ni Dios permita que lo sepáis jamás; pero si queréis observarlo, colocáos de vez en cuando en vuestro balcon á esa hora, y presenciareis escenas parecidas á la dolorosa é interesante que ahora os voy á referir.

Era un lluvioso día de invierno, y á la puerta de una casa descansaba sentada una infeliz pordiosera, que yerta de frío, miraba con ojos de la más tierna dulzura á una criaturita, quizás de pocos días, que lloraba sin fin, mientras su madre esforzaba la

voz, pidiendo allí por Dios una limosna.

En las casas anteriores nada le habían dado: y aunque el *perdonad, hermana*, había sido ahora la primera respuesta también, la pobre insistía no obstante, y había tanta persuasión en lo afligido de su conmovedora voz, que parecía como que diera su vida por conseguir aquella limosna.

El niño, en tanto, lloraba y más lloraba; la madre suplicaba y gemía... al cabo, y no sabemos cómo, una anciana vecina llevó á la pobre un pedazo de pan.

¡Ay, hijos míos! Vosotros no sabéis cuán grande es el cariño que os tienen vuestras madres, ni podeis comprender el gozo con que recibió el pan aquella buena mujer.

Lloraba, lloraba de alegría, bendiciendo á Dios y á aquella alma caritativa, y á pequeños bocaditos, como si temiese acabarlo, empezó á mascar aquel ansiado pan, y...

¿Qué diréis que hacía?—Aun me parece verla;—Carmencita la vió, transfigurada hasta la belleza por el sentimiento maternal que la animaba; ponía en la punta de su dedo el pan que iba mascando, y lo colocaba después en la boca de aquel tierno hijo, que apenas sentía el alimento, callaba, y lo chupaba como si se tratase de un néctar.

¡Ay! El infeliz recién nacido sabía ya lo que era hambre; su pobre madre, desmayada también como él, NADA tenía que darle, y buscaba aquel pan duro, que insistente pedía,

más que por ella, para poder darlo al hijo de sus entrañas!

¡ Benditas sean las madres!

Y vosotros, hijos míos, cuando veais un mendruguito de pan, un poco de comida que va á perderse,

decidlo á vuestras mamás, y acordáos de que puede ser el consuelo de aquellos *Corazoncitos de oro*, ó la vida de aquel tierno niño que sólo comia el pan duro que le acercaba á los labios su pobrecita madre.

A. ANGUIZ.

## BIBLIOGRAFÍAS.

En Los Niños faltaba una sección bibliográfica, destinada á indicar á nuestros amables lectores cuáles son, entre las muchas obras que se publican en España, aquellas cuya lectura conviene á la infancia y á la juventud.

Hoy empezamos á hacerlo, y nuestros lectores pueden estar seguros de que no recomendaremos en Los Niños ninguna obra que no lo merezca.

Las *Fábulas morales* del distinguido catedrático de San Isidro, D. Raimundo de Miguel, son de las más notables que se han escrito en nuestro hermoso idioma. Hay en ellas exquisita moralidad y novedad, cosa difícil tratándose de fábulas, y amenidad y encanto.

*Mujeres del Evangelio*, por Larmig, es una colección de preciosísimos poemitas, llenos de unción religiosa, tiernos y sentidos, dignos, en fin, del extraordinario aplauso con que la prensa y los hombres más eminentes han recibido este hermoso libro, honrado con la aprobación de la censura eclesiástica.

*Juguetes y travesuras* es un bello libro, de D. Cayetano Vidal y Valenciano, en el que, en la forma más amena, se dan á los niños conocimientos tan curiosos como útiles. Este libro lo ha publicado, primorosamente impreso, la acreditada casa de Bastinos, de Barcelona.

*Narraciones populares* es una nueva colección de cuentos del popularísimo escritor don Antonio de Trueba, tan asiduo colaborador de este periódico. Contiene el libro muchos cuentos nuevos, y algunos ya publicados en Los Niños. El libro del Sr. Trueba obtendrá el mismo éxito que todas las obras de este excelente autor, que tanto honra á su patria.

La preciosa fábula en acción, de Teodoro Guerrero, titulada *La filosofía del vino*, que con tan brillante éxito representaron los niños-actores del teatro de La Alhambra, se ha impreso con el lindísimo proverbio del mismo autor *Sermon perdido*, y recomendamos á nuestros lectores que compren estas obras para ir formando su biblioteca.

La fábula *La filosofía del vino* encierra una alta enseñanza moral, y la interpretan sólo tres niños, siendo á propósito para representarla en los teatros infantiles y en las casas particulares.

Las dos obritas se venden en Madrid, en la Administración de Los Niños, plaza de Matute, 2; nuestros suscritores de provincias las recibirán enviando *cuatro reales*.

### ADVERTENCIA.

En el número siguiente continuará la novela *La mejor amiga*.

## PROBLEMAS.

## SOLUCION Á LOS PUBLICADOS EN LA PÁGINA 127.

13.— El hijo que al morir hace nacer nuevamente á su madre, es *el hielo*.

14.— La cantidad que quedó á cada uno de los jugadores Juan, José, Luis y Diego, *cuatro duros*.

15.— El objeto que se construye cantando y se paga llorando, es el *atahúd*.

16.— En el peral habia dos peras; el muchacho se comió una y dejó otra.

17.— De los dos amigos del problema, uno tenía 725 cuartos y el otro 1.015; ó tambien, uno 435 y el otro 290.

18.— Los piés de la pata, como los del pato, son dos.

## HAN ACERTADO LOS PROBLEMAS LOS SIGUIENTES NIÑOS:

- D.<sup>a</sup> María Pobes, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D.<sup>a</sup> María Álvarez y Montes, de Madrid, el 13, 15 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Patrocinio Arrazola y Contardi, de Madrid, el 15, 16 y 17.  
 D.<sup>a</sup> Amalia Arribas Arroyo, de Madrid, el 13, 14, 15, 16 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Amalia Aguado y Gonzalez, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D.<sup>a</sup> María de los Ángeles Ruiz y Novella, de Madrid, el 13 y 15.  
 D.<sup>a</sup> Cármen y D.<sup>a</sup> Soledad de la Peña, de Madrid, el 15, 16, 17 y 18.  
 D. Julian Gomez, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D. Juan Balanzó, de Bonelona, el 15 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Clotilde Catalan de Ocon y de Gayola, Monreal del Campo, el 18.  
 D.<sup>a</sup> Cármen Besteiro y Fernandez, de Madrid, el 15 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Erminia Lopez y Ocaña, de Madrid, el 15 y 18.  
 D. Antonio Marin y Gargollo, de Madrid, el 15 y 18.  
 D. José María de Ortega Morejon, de Madrid, el 13, 15 y 16.  
 D. Isidro García Lastra, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Concepcion Isidoro Escalera, de Vigo, el 16 y 18.  
 D. Luis de Larroder, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D. Luis Canalejas y Mendez, de Madrid, el 13, 14, 15, 16, 17 y 18.  
 D.<sup>a</sup> Adela y D. Adolfo Cadabal, de Madrid, el 15, 16 y 18.  
 D. José Sainz, de Madrid, el 15, 16, 17 y 18.  
 D. José Morales y Sellan, de Madrid, el 14, 15, 16, 17 y 18.  
 D. Francisco Ausaldo y Otalora, de Madrid, el 15, 16, 17 y 18.  
 D. Arturo Ferret, de Barcelona, el 16 y 18.  
 D. Diego de la Llana, de Barcelona, el 16 y 18.  
 D. Raimundo Alfonso y Saqueta, de Tarragona, el 16.  
 D. César Lambea, de Pina, el 13, 14, 15, 16 y 18.

D. Eduardo Martinez, los mismos.

D. Javier Gutierrez, de Valladolid.

En cumplimiento del art. 3.<sup>o</sup> del decreto inserto en la pág. 127 de LOS NIÑOS, omitimos dar cuenta de las soluciones de anteriores problemas, que hemos recibido últimamente.

Pongamos ahora otros cuatro, muy facilitos:

19.— ¿Qué cosa es la que cualquiera persona puede abrir y ninguna cerrar?

20.— Durante una horrorosa tormenta, el capitán de un buque en que iban quince pasajeros cristianos y quince moros, comprendió que ántes de morir todos de hambre, por no poder funcionar el buque, era necesario echar al mar la mitad de los tripulantes. Los formó en círculo á todos, y con arreglo á sus órdenes, fueron cayendo al agua todos los que hacian el número nueve. Terminada la operacion, sólo habian perecido los moros. ¿Cómo los habria formado?

21.— En medio del Paraiso

Estoy; y en medio del mar;

Si detras de Eva camino,

Marcho delante de Adán,

Y del corazon de entrambos

En medio me encontrarás.

Tres partes del mundo abarco

Desde el principio al final,

Y una provincia española

Me encierra con tal afán,

Que cinco veces me cuenta;

Más señas no puedo dar.

22.— Un peregrino iba á pasar por un puente, sobre el cual se veian tres santos con sus correspondientes cepillos para recoger limosna.

— Santo mio, — dijo arrodillándose delante del primero; — si haces el milagro de doblarme el dinero que llevo encima, te doy un cuarto.

Concedida la gracia, el peregrino hizo igual peticion al segundo santo y luégo al tercero, y dejó á cada uno el correspondiente cuarto.

Detras del peregrino en cuestion, pasó otro, más rico, y arrodillándose como aquél, dijo al primer santo:

— Santo bendito, si me doblas los duros que llevo en la bolsa, te doy media onza.

Tambien fué escuchada su súplica; entregó los ocho duros, y pidió y obtuvo de los otros dos santos igual favor mediante igual promesa.

Al salir del puente los dos peregrinos, observaron que no llevaban una sola moneda. ¿Con cuánto dinero entró en el puente cada uno de ellos?

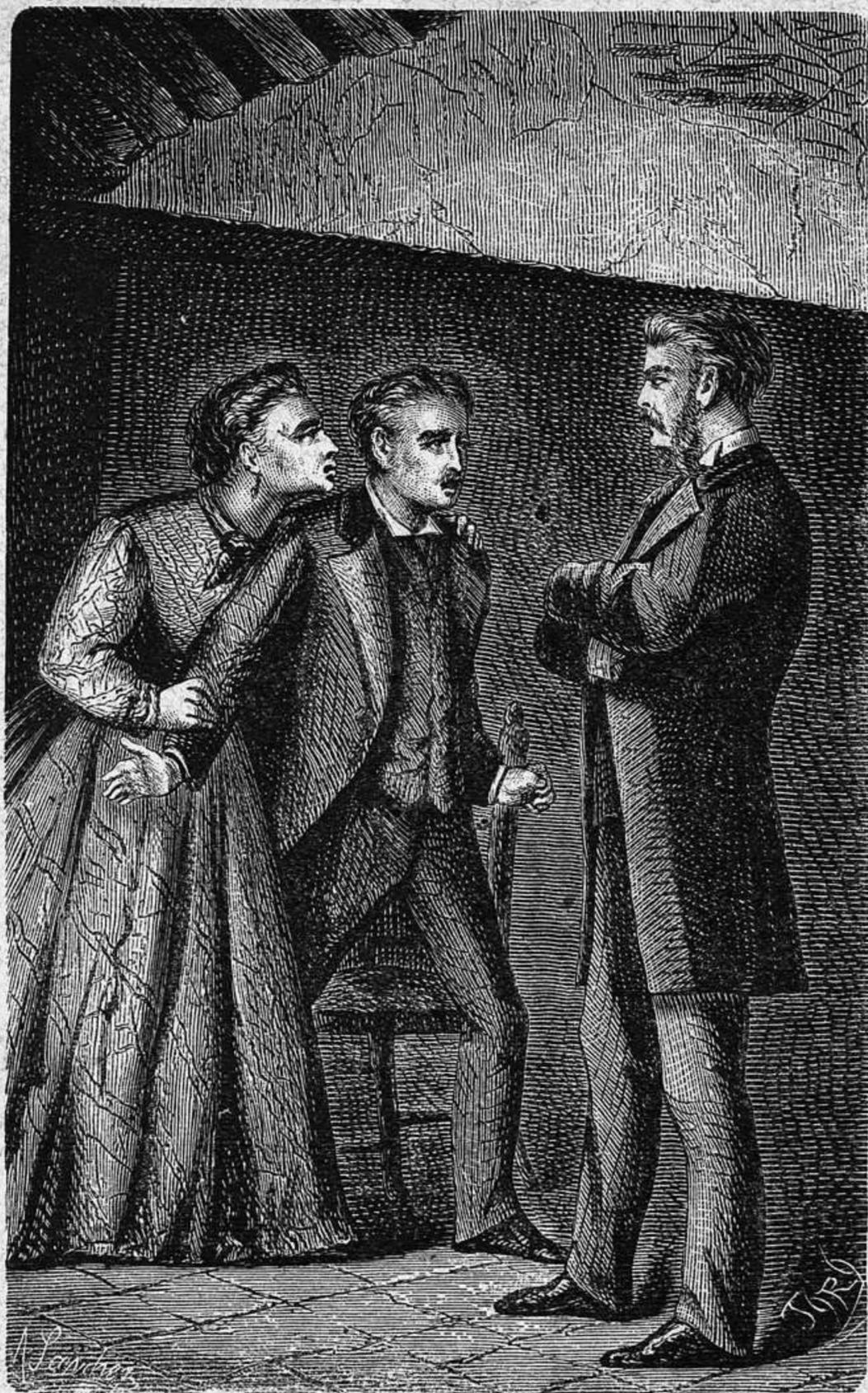
## ADVERTENCIA.

Todos los suscritores que acierten uno ó más de los anteriores problemas, así de Madrid como de provincias, adquieren el derecho de comprar, por *dos reales*, mitad de su precio, el librito de D. Manuel Ossorio y Bernard, titulado *Cartas á un niño sobre la Economía política*, pidiéndolo directamente á nuestra Administracion.

## CUENTOS DE SALON,

POR

TEODORO GUERRERO Y CARLOS FRONTAURA.

Escena de la novela *la Nube negra*.

## TOMOS PUBLICADOS.

- Tomo 1.º *Una perla en el fango*, por Guerrero.  
 — 2.º *Brigida*, por Frontaura.  
 — 3.º *La camelia y la mariposa y una Historia de lágrimas*, por Guerrero.  
 — 4.º *La doncella del piso segundo*, por Frontaura.  
 — 5.º *El vellocino de oro y Fea y pobre*, por Guerrero.  
 — 6.º *La maldita vanidad*, por Frontaura.  
 — 7.º *Madrid por dentro*, por Guerrero, primera parte.  
 — 8.º *Madrid por dentro* — segunda parte.  
 — 9.º *El hijo del sacristan*, por Frontaura, primera parte.  
 — 10. *El hijo del sacristan* — segunda parte.  
 — 11. *La manzana de la discordia y el Sueño de felicidad*, por Guerrero.  
 — 12. *Las madres*, por Frontaura.

- Tomo 13. *Anatomia del corazon*, por Guerrero, primera parte.  
 — 14. *Anatomia del corazon* — segunda parte.  
 — 15. *El matrimonio*, pleito en verso entre Guerrero y Sepúlveda, con la coloboracion de Serra, Hartzzenbusch, Aguilera, Hurtado, Trueba y Frontaura.  
 — 16. *La nube negra*, por Guerrero.

## EN PRENSA.

- 17. *Aventuras de un señorito*, por Frontaura.

Estas obras se venden á 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Dirigir los pedidos á la Administracion de Los Niños.